



NO PARECE REVELACIÓN DE ALÁ

Leoncio Riol Fernández

NO PARECE REVELACIÓN DE ALÁ



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Leonio Riol Fernández

ISBN: 979-13-88195-90-7

ISBN digital: 979-13-88195-91-4

Depósito legal: M-15924-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

No hay verdades inamovibles... Es más importante no dejar de hacerse preguntas y no abandonar nunca la bendita curiosidad.
(ALBERT EINSTEIN)

Con mi apoyo a todos los
formadores islámicos perseguidos
por promover entre sus creyentes
un pensamiento libre para analizar
dogmatismos e imposiciones.
Con mi apoyo a todos los estudiosos
del Planeta perseguidos por afirmar
que el Corán es un libro humano
con los aciertos y los errores
propios de su época

ÍNDICE

Primeras palabras	15
1.-Contradicciones internas del Corán.....	21
2.-Errores científicos del Corán.....	63
3.-Alá es un dios guerrero y ególatra.....	107
4.-Autopromoción de Mahoma	139
5.-Premios eternos muy terrenales y castigos dignos de un dios vengativo y rencoroso	165
6.-Otros asombros para lectores no adoctrinados del Corán.....	179
Últimas Palabras	203

Primeras palabras

La espiritualidad del hombre lleva mucho tiempo constreñida por presuntos Libros Santos. Si analizamos dónde, cuándo y por qué aparecieron esos libros, hemos de concluir que todos favorecen los intereses personales de sus autores, por mucho que ellos se escuden en divinas revelaciones. Ya lo advirtió Baruch Spinoza en el siglo XVII: las religiones son instrumentos en manos del poder para mantener controlado al pueblo mediante el miedo y la promesa de premios eternos. Lo dijo, fue excomulgado, y el tiempo le ha dado la razón con una generosidad que él ya no pudo disfrutar. Al-Maari (973-1057), poeta sirio ciego, también se permitió cuestionar la validez de los presuntos libros santos. Escribió una parodia del Corán, negó la resurrección de los muertos y afirmó que la razón individual era la única guía fiable. Fue vegetariano estricto por compasión hacia los animales, lo que en su época era una postura radicalmente heterodoxa. Vivió retirado para evitar persecuciones, aunque nunca fue formalmente condenado. Su verso más citado: *«Los habitantes de la tierra se dividen en dos: los que tienen cerebro pero no tienen religión, y los que tienen religión pero no tienen cerebro»*. Sin embargo, él siempre culpó a las clases dirigentes de intentar adormecer el cerebro de los creyentes.

Si de verdad queremos encontrar a Dios, ¿no deberíamos olvidarnos de todos los Libros Santos —especialmente de la Biblia y del Corán— y buscar en otra parte, donde no se predique violencia y guerra? La principal aspiración de la humanidad parece ser vivir en paz y en amor. ¿Qué nos ofrecen Yahvé y Alá? Nos ofrecen, y

además nos imponen, vivir en temor y en guerra, rodeados de su ira y de sus divinas explosiones de cólera. Nos condenan, además, a sufrir durante toda esta vida las amenazas de castigos eternos en la otra. ¿Debe el hombre seguir creyendo en dioses que gobiernan el mundo con la trampa de la amenaza permanente? ¿Tan poco poderosos son que necesitan aterrorizarnos con infiernos para que les prestemos atención?

Desgraciadamente para los libros que afirman no contener un solo error, las ciencias están descubriendo un error tras otro, desmintiendo los mitos, los milagros y los signos atribuidos a la divinidad. El Corán es hijo de su tiempo, como antes lo habían sido la Torá, el resto del Antiguo Testamento y todo el Nuevo. Todos ellos contienen verdades de su época, muchas de las cuales han dejado de serlo. Sin embargo, las tres religiones mosaicas construidas sobre el Pentateuco se siguen aferrando a sus viejos postulados, contradiciendo las verdades incuestionables que las ciencias sacan a flote. En el Corán encontramos preceptos y comportamientos éticos con valor universal para el hombre de hace catorce siglos y también para el de hoy. Pero están acompañados por otros postulados que nacieron en contextos muy particulares y que, tal vez, ya han cumplido su función.

¿Debemos seguir aceptando como verdad incuestionable que la Biblia y el Corán son Palabra de Dios o Revelación de Alá, con la única evidencia de que eso es lo que dicen de sí mismos la Biblia y el Corán? Es un argumento circular de una fragilidad notable: el libro es verdadero porque el libro lo dice, y el libro lo dice porque es verdadero. Bertrand Russell lo llamó, con su habitual elegancia, la falacia de la petición de principio. ¿Aceptamos afirmaciones gratuitas o esperamos a que las ciencias las confirmen o desmientan?

En una lectura detenida, podemos descubrir que los Libros Santos se desautorizan a sí mismos con las numerosas contradicciones que encontramos en ellos, con los olvidos de lo afirmado en un capítulo que se desdice en el siguiente o incluso en el mismo. ¿Tan olvidadizos son los dioses a la hora de revelarnos la verdad?

¿No resulta llamativa la invención de la abrogación, ese mecanismo teológico concebido específicamente para ignorar contradicciones demasiado evidentes? ¿Yahvé y Alá, que son Inmutables, cambian de parecer de un día para otro? Puede que simplemente ocurra con los Libros Santos lo mismo que con cualquier obra humana: el autor hace hipótesis, las va revisando y tiene que reconocer equivocaciones previas.

¿No ha llegado el momento de que las tres religiones mosaicas, de común acuerdo o por separado, se replanteen sus creencias? No sería la primera vez que una institución poderosa sobrevive precisamente porque fue capaz de renovarse. La que no lo hace no desaparece: se fosiliza. Y los fósiles, por venerables que sean, no guían a nadie.

¿La verdadera religión no será la que promueve creyentes que amen a sus semejantes, en lugar de creyentes que imponen sus creencias por la espada? El homo sapiens ha buscado a Dios en el trueno, en los fenómenos naturales, en el sol y en lejanos cielos. Sigue buscando, pero no parece haberlo encontrado, porque los dioses le duran poco —apenas dos o tres mil años— y tiene que buscar otros nuevos. ¿No habrá llegado el momento de que el homo novus busque a Dios en su propio corazón? Ya lo decía Agustín de Hipona en el siglo IV: «No salgas fuera, vuelve a ti mismo: en el interior del hombre habita la verdad». Catorce siglos después, y con todos los avances de la ciencia a sus espaldas, Albert Einstein apuntaba en la misma dirección: «La religión del futuro será una religión cósmica que trascienda a un Dios personal».

¿No habrá llegado el momento de crear una nueva moralidad donde los dioses violentos como Yahvé y Alá no tengan cabida, porque la única manera de crear más cielo y menos infierno sea a través del amor y la paz? ¿No aceptarán las religiones que sus postulados tal vez estén caducos, que sus dioses tienen que amoldarse a los dictados inalienables de la ciencia, y no al revés?

Éste no es un libro científico ni un estudio crítico del Corán. Es un libro de preguntas que, tal vez, ayuden al lector a encontrar

alguna respuesta o, al menos, a formular las suyas propias. Aproximadamente el veinticinco por ciento son citas tomadas de la versión castellana de El Sagrado Corán, editado por la Comunidad Musulmana Ahmadía Internacional. Mi desconocimiento del idioma árabe es total y a esa edición me remito. El otro setenta y cinco por ciento son preguntas que le surgen a un ignorante del islam al leer el Corán sin sujeción a dogmas, con la misma actitud con que leería cualquier tratado de ética actual. Las preguntas nacen unas veces del asombro y otras de la incredulidad, porque las ciencias actuales dicen una verdad diferente. Este libro tiene una pretensión: añadir un granito de arena para que sociedades futuras del planeta se replanteen esa espiritualidad superior no contaminada por dogmas, apta para el Hombre Nuevo. Quizá tiene una segunda pretensión: que el lector se decida a plantearse sus propias preguntas al leer las aleyas citadas.

En épocas pasadas, las tres religiones con base mosaica supusieron una rémora para el progreso científico. Afortunadamente, la ciencia se ha liberado de ataduras religiosas y ahora sigue su camino. Pero estas tres religiones siguen ralentizando la evolución moral y espiritual del hombre, ancladas a unas pautas que siguen considerando eternas, perpetuas e inamovibles. Hemos avanzado mucho en conocimientos físicos y biológicos. Pero seguimos anclados en la evolución del espíritu: seguimos teniendo guerras, matando a nuestros semejantes, codiciando sus bienes, padeciendo nuestras propias envidias y rencores.

Estudios históricos, filológicos y arqueológicos nos dicen que Moisés probablemente nunca existió. Sin embargo, tres religiones le atribuyen la autoría del Pentateuco y le consideran el gran profeta de Yahvé y Alá. ¿No sería saludable para el devenir moral del hombre que la religión cristiana, la judía y la islámica se sentaran juntas a replantearse las reglas morales de este personaje, tanto si fue real como si solo existió en la mente de los escribas bíblicos? Karen Armstrong, una de las estudiosas de la religión más respetadas de nuestro tiempo, lleva décadas pidiendo exactamente eso: un

diálogo honesto entre las tres tradiciones abrahámicas que ponga la compasión por encima del dogma. Hasta ahora, obispos, rabinos y ayatolás han preferido no escucharla. Tal vez porque la compasión no requiere intermediarios.

Sospecho que la espiritualidad está hecha de preguntas sobre el Dios Desconocido, no de respuestas, aunque a las instituciones religiosas les haya resultado siempre más cómodo rebañar a sus fieles que acompañarlos. El homo stultus no es el creyente que busca a Dios con honestidad: es el sistema que le enseña que buscar es peligroso y que las preguntas son blasfemia. No es lo mismo creer en Dios que creer en lo que los hombres dicen de Dios. Tal vez preguntándonos a nosotros mismos, en lugar de preguntar a rabinos, cardenales y ayatolás, podamos vislumbrar destellos de la divinidad, sin intereses políticos ni económicos de por medio.

1.-Contradicciones internas del Corán

Contradicciones entre la Revelación de Alá y la Palabra de Dios bíblica

Muchas de estas contradicciones ya fueron señaladas desde dentro del propio islam hace mil doscientos años. Ibn al-Rawandi, filósofo de origen persa, ya señaló en el siglo IX que el Corán tenía demasiadas contradicciones. En sus obras negaba la profecía de Mahoma, cuestionaba la autenticidad del Corán como revelación divina y afirmaba que la razón humana era superior a cualquier texto sagrado. Como ha ocurrido a tantos disidentes en la historia humana, murió en circunstancias oscuras. Igualmente, durante los siglos VIII al X los Mutazilitas constituían una escuela teológica racionalista que defendía que el Corán era una creación humana y no la palabra eterna e increada de Alá. Tuvieron el apoyo del califa Al-Mamún y, durante un breve período, su doctrina fue casi oficial. Después fueron perseguidos y derrotados por los tradicionalistas. Su derrota supone, en cierta medida, la derrota de la razón dentro del islam de la que todavía no se ha recuperado.

Un libro que se proclama sin error debería, como mínimo, no contradecirse a sí mismo. El Corán lo hace con una frecuencia que no puede atribuirse únicamente a los problemas de transmisión oral o a las dificultades de la redacción póstuma. Las contra-

dicciones que recorro en este capítulo son de tres tipos: las que enfrenta aleya contra aleya dentro del propio Corán, las que enfrenta el Corán con la Torá y el Evangelio que él mismo declara revelación divina, y las que afectan a los atributos de Alá, que en unas páginas es misericordioso e indulgente y en otras implacable y caprichoso. No pretendo agotar el catálogo, que es extenso. Pretendo mostrar que el problema es estructural, no accidental, y que la herramienta teológica de la abrogación —inventada precisamente para explicar estas contradicciones— no las resuelve sino que las confirma.

Lo reconozcan o no los ulemas, las investigaciones lingüísticas nos dicen que el Corán no es producto de un solo escriba sino de varios que, además, no fueron muy cuidadosos a la hora de poner por escrito lo que Mahoma decía, cambiaba u olvidaba. Las versiones del Corán fueron múltiples y variadas. Muchas de ellas fueron destruidas cuando el califa Uthmán oficializó la versión del año 650, dieciocho años después de muerto Mahoma. No es un dato menor: significa que lo que hoy llamamos el Corán fue fijado por una decisión política, no por una revelación divina. Las contradicciones que encontramos en la versión actual son tan numerosas que los lingüistas las atribuyen a los múltiples cambios, supresiones y añadidos sufridos por las versiones aceptadas como auténticas a lo largo de la historia. El filólogo alemán Christoph Luxenberg demostró, con un análisis del arameo subyacente al texto árabe, que algunas aleyas han sido malinterpretadas durante siglos. No es, por tanto, solo un lector sin preparación teológica quien encuentra oscuridades en el Corán: las encuentran también quienes han dedicado su vida a estudiarlo.

¿Se decidirán las instituciones islámicas a abrogar todas aquellas aleyas que se contradicen entre sí? ¿Admitirán algún día que Mahoma era un hombre sujeto a olvidos y cambios de sentimientos como el resto de los mortales?

1:1 En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. 1:6/7 Dirígenos por el camino recto, el camino de aquellos a quienes Tú has concedido Tus bendiciones, de los que no han incurrido en tu ira y de los que no se han extraviado.

¿Un Dios Clemente y Misericordioso puede entregarse a la ira contra sus criaturas? ¿Solamente podemos encontrar el camino recto si Alá nos concede sus bendiciones? ¿Es Alá el único responsable de nuestras creencias, aciertos y errores? El Corán arranca proclamando la clemencia de Dios y en el mismo párrafo nos recuerda que ese mismo Dios puede encolerizarse. Es una tensión que no se resolverá en todo el libro.

2:8 Alá ha puesto un sello en sus corazones y en sus oídos; y un velo cubre sus ojos; y para ellos hay reservado un grave castigo.

Esta idea —que Alá sella los corazones de los incrédulos para impedir que crean, y después los castiga por no creer— es una de las más perturbadoras del Corán, y no porque sea oscura sino porque es perfectamente clara. Reaparece con variaciones en las aleyas 6:26, 18:58 y 18:102, y en todas ellas el argumento es el mismo. *(El mismo razonamiento se desarrolla con escasas variaciones en las aleyas 6:26, 18:58 y 18:102, que no se comentan por separado para no repetir lo que queda dicho aquí.)*

¿Alá castiga a unos hombres por no creer en lo que Alá no les permite creer? Si Alá ha sellado nuestros corazones y oídos para que no creamos, ¿no es entonces Dios el responsable de nuestra incredulidad? ¿Por qué nos manda al Fuego Eterno siendo Él mismo el responsable? El filósofo David Hume planteó hace tres siglos una pregunta similar a propósito del problema del mal: si Dios es omnipotente y bondadoso, ¿por qué existe el sufrimiento? La respuesta del Corán parece ser que Dios lo quiso así. Lo cual, como respuesta a Hume, deja bastante que desear.

¿Puede algún dios tener criaturas predilectas mientras desprecia a otras? ¿Nos aclaran los custodios del texto en qué basa Alá su elección?

2:18 Les ocurre como a la persona que encendió un fuego, y cuando lo iluminaba todo a su alrededor, Alá se llevó la luz y le dejó en la más negra oscuridad; así no pueden ver. 2:20 O es como un fuerte chaparrón que cae de las nubes, con oscuras tinieblas, truenos y relámpagos; se introducen los dedos en los oídos, a causa de los truenos y por temor a la muerte; y Alá pone un cerco alrededor de los incrédulos.

¿De nuevo Alá el Misericordioso poniendo impedimentos, cegando y cercando a sus criaturas en lugar de socorrer a los descarriados? El mismo Corán nos dice en 2:22 que Alá nos creó para que lleguemos a ser piadosos. ¿Por qué entonces abandona, aísla y maltrata a quienes se han equivocado en su piedad? O peor aún: ¿por qué a Él le place equivocarles, como nos dice en docenas de aleyas?

2:35 Y recordad cuando dijimos a los ángeles: «Someteos a Adán» y todos se sometieron excepto Iblis. 18:51 Y acuérdate de cuando dijimos a los ángeles: «Someteos a Adán» y todos ellos se sometieron, excepto Iblis. Era uno de los Yinn.

¿Iblis es un ángel rebelde o un genio Yinn? El Corán no se pone de acuerdo consigo mismo en algo tan básico como la naturaleza del demonio. Ni la Biblia ni el Corán nos aclaran quién creó a los ángeles o cuándo. ¿Cuándo creó Alá a Iblis de fuego, si el fuego aún no existía? (*Las aleyas 7:12, 38:73 y 15:28 desarrollan variaciones del mismo episodio sin añadir claridad a la contradicción central.*)

2:38 Y Adán aprendió de su Señor ciertas palabras de oración. Y de ese modo Él volvió a mirarlo con misericordia. 4:49 En verdad, Alá no perdonará que se le asocie nadie a Él; pero sí perdonará, exceptuado esto, a quien Le plazca.

¿Alá se convierte en catequista para enseñar oraciones a su pupilo Adán? ¿Qué razones impulsan a Alá para perdonar y ser remisorio con unos transgresores y en cambio cerrar el corazón y los oídos de otros para que se conviertan en transgresores? ¿Alá el Compasivo e Indulgente reserva un grave castigo para aquellos a quienes Él mismo ha escogido como no creyentes?

¿No han inventado todos los generales de la Historia el grupo de los buenos y el de los malos porque así convenía a sus intereses? ¿Alá el Misericordioso extiende su venganza eternamente, renovando la piel quemada de los condenados para prolongar su castigo?: *4:57 A quienes no crean en Nuestros Signos los introduciremos pronto en el Fuego. En cuanto se les queme la piel, les daremos una piel nueva para que sigan con el castigo.* Un dios que renueva la piel de los condenados para que el sufrimiento no cese plantea una pregunta que ningún teólogo ha respondido satisfactoriamente: ¿qué clase de misericordia es esa?

(Las aleyas 2:161 y 2:174 repiten los atributos de clemencia e indulgencia de Alá sin añadir elementos nuevos al argumento.)

2:52/53 Y acordaos de cuando hicimos a Moisés una promesa de cuarenta noches; y entonces tomasteis el becerro para adorarlo y fuisteis transgresores. Posteriormente, os perdonamos. 4:49 En verdad, Alá no perdonará que se le asocie nadie a Él.

¿Alá perdona o no perdona a quien le asocie a otros dioses o ídolos? El pueblo hebreo adoró al becerro de oro, que es exactamente eso: asociar a Dios un ídolo. Y fue perdonado. ¿Qué aleya abrogan aquí los exégetas musulmanes para evitar la contradicción? ¿O nos limitamos a aplicar la más favorable según el momento, que es una táctica con larga tradición también en otros ámbitos?